

# JULIO VERNE EN EL PERÚ

FERNANDO DE TRAZEGNIES



FUNDACIÓN

M. J. Bustamante de la Fuente

Lima - Perú

MARTÍN PAZ

POR

JULIO VERNE

PARÍS

1852

COMENTARIOS DE

FERNANDO DE TRAZEGNIES

LIMA - PERÚ

AÑO 2013

FUNDACIÓN

Manuel J. Bustamante de la Fuente

JULIO VERNE EN EL PERÚ

© Fernando de Trazegnies

De esta edición:

© Fundación Manuel J. Bustamante De la Fuente  
Francisco Masías N° 370 San Isidro  
Telf. (51-1) 422-5258  
correo-e: fundacionbustamante@lapositiva.com.pe

Primera edición: Lima, setiembre 2013

Tiraje: 1000 ejemplares

*Edición a cargo de:* Ileana Vegas de Cáceres

ISBN: 978-612-45872-6-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-11833

Diseño e impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Psje. María Auxiliadora 156-164, Breña

Impreso en Perú / Printed in Perú

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este libro por cualquier medio sin permiso de los editores.

## PRESENTACIÓN DEL PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN

Es todo un placer para la Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente, esta nueva publicación que viene a sumarse y enriquecer nuestro Fondo Editorial. Grata sorpresa nos ha causado el hallazgo de Fernando de Trazegnies, a cuya acuciosidad le debemos que esta obra sea conocida en el Perú. A él le debemos también, el interesante prólogo que acompaña al texto y que sitúa los acontecimientos que narra el autor en su verdadero contexto histórico. Se trata de un entretenido relato de Julio Verne, autor leído por generaciones, que esta vez localiza la obra nada menos que en el Perú.

Es por estas razones que ponemos en manos del público lector esta breve pero amena historia que lleva por título: Verne en el Perú.

Lima, 2013

**Manuel Bustamante Olivares**  
Presidente

## PRÓLOGO DE FERNANDO DE TRAZEGNIES

A pesar de que Julio Verne no viajó mucho durante su vida –sólo hizo viajes a Inglaterra, Dinamarca y, en una ocasión, a Nueva York– fue un infatigable viajero con la imaginación. Tuvo siempre un gran interés y una cierta información sobre países muchas veces exóticos y difíciles de comprender para un europeo. Es así como sabemos que escribió *Las Tribulaciones de un chino en China* que pasa enteramente en ese país asiático, *Cinco semanas en globo* que trata de un viaje atravesando el África Ecuatorial, *Las Aventuras del Capitán Hatteras* que sucede en el Polo Norte, *Los hijos del Capitán Grant* donde se describe una vuelta al mundo por el extremo sur de los continentes del Hemisferio Austral, *La vuelta al mundo en ochenta días* con aventuras en Arabia, la India y los Estados Unidos de Norteamérica entre otros lugares, *Miguel Strogoff* que transcurre en las estepas siberianas, *La Isla misteriosa* en la Polinesia; también escribe *Un drama en México* y *El faro del extremo del mundo* que tiene lugar en la Isla de los Estados entre Sudamérica y el círculo polar antártico, *La esfinge de los hielos* que se refiere a las islas australes del Océano Índico y luego a la travesía cortando el Polo Sur, etc.

Pero también se interesó por el Perú. Una de sus obras más conocidas es *La jangada* y quizá, aun cuando ahora la gente joven en el Perú lamentablemente lee poco a Verne, hay algunos peruanos que saben que este libro trata de un viaje por la selva sudamericana que parte de Iquitos y sigue el río Amazonas aguas abajo hasta llegar a Belén sobre el Atlántico brasileño. Sin embargo, estoy seguro de que son contados con los dedos de la mano los peruanos que han escuchado alguna vez hablar de *Martín Paz*, protagonista que da el título a una novela corta –o un cuento largo– de Verne que sucede íntegramente en el Perú y, en su mayor parte, en la Lima de los inicios de la República.

Martín Paz es una obra temprana de Verne, que se publicó por primera vez en Francia cuando el escritor tenía 24 años de edad. Un año después se publicaba en los Estados Unidos de Norteamérica con el título

de *La perla de Lima. Una historia de verdadero amor*<sup>1</sup> y cuatro años más tarde en Londres con el título de *Martín Paz, el indio patriota*<sup>2</sup>. El gran editor de Jules Verne respecto de sus obras de madurez, Pierre-Jules Hetzel, creador de la colección "*Viajes extraordinarios*"<sup>3</sup>, publica esta novela recién en 1885, en el volumen 29, como una suerte de apéndice a otras dos obras de Verne, *Les Indes-Noires* y *Le Chancelor*. E incluso coloca una nota que suena a disculpa: Martín Paz es "*una de las obras de los inicios del autor, anterior a la publicación de Cinco semanas en globo. El autor no había encontrado todavía el género que ha creado y que ha hecho célebre su nombre. Pero es curioso seguirlo hasta en sus ensayos. Contienen ya algunos de los gérmenes que hacen de la obra general de Jules Verne una obra aparte dentro de nuestra literatura, y es por esa razón que merecen ser conservados*"<sup>4</sup>.

La obra no ha sido muy conocida en general; en el Perú, que es donde sucede toda la trama, no ha sido publicada ni difundida.

En mi opinión, el interés por la novela **Martín Paz** es algo más que una curiosidad sobre la infancia literaria de un escritor. Es una buena historia, que se lee amenamente. Sin duda, se trata de literatura del romanticismo, en la que predominan dos grandes temas sentimentales: un amor desesperado y un patriotismo –o, quizá mejor, un indigenismo–heroico y rabioso. Y, dentro de este clima, obviamente el amor entra en conflicto con la adhesión a la causa social, generando una tensión extrema. La estructura es bastante simple, el final sigue las pautas de ese romanticismo que inspira el cuento; pero es una historia bien contada.

El episodio se sitúa posiblemente en 1829, durante la Presidencia del General Gamarra y cuando acababa de firmarse la paz con Colombia con el consecuente retiro de las tropas colombianas del territorio peruano. La rebelión que describe Verne puede haberse inspirado en la llamada por Basadre "la conspiración contra los blancos", que se produjo en Lima el 23 de Abril de 1829, cuando estalló una revuelta popular para derrocar al Gobierno, asesinar a todos los blancos y colocar como Presidente de la República a Eduardo Ordóñez, un tendejonero<sup>5</sup> guayaquileño que estaba en la condición de quebrado. Sin embargo, mientras que en la obra de Verne se trata de una sublevación netamente indígena, la mencionada

<sup>1</sup> *The Pearl of Lima. A Story of True Love.*

<sup>2</sup> *Martin Paz, The Indian Patriot.*

<sup>3</sup> *Voyages Extraordinaires.*

<sup>4</sup> Jules Verne, *Les Indes-Noir, Le chancelor*, colección *Voyages Extraordinaires*, Bibliothèque d'éducation et de récréation, J. Hetzel et Cie., 1885, p. 173.

<sup>5</sup> Dueño de una tienda pequeña o barraca de ventas.

conspiración histórica fue capitaneada más bien por un negro, llamado Juan de Dios Algorta<sup>6</sup>. Sin embargo, el mote de Zambo que Verne da al jefe de la revuelta y padre de Martín Paz, evoca también una ascendencia negra.

Es asombroso el grado de conocimiento que tiene el joven Verne de un país y del estilo de vida de una ciudad donde nunca ha estado. Describe la atmósfera religiosa tan marcada de esa sociedad limeña, la inestabilidad político-social del Perú por las constantes revueltas, cita a Gamarra y a Santa Cruz, da cuenta de la falta de brazos que está sufriendo el campo por lo que la agricultura ha decaído notablemente. La ciudad de Lima está descrita de manera simplificada pero conveniente: desde el Callao divisa el cabo del Morro Solar que constituye el otro extremo de una inmensa bahía y describe Chorrillos y su ambiente de veraneo y de juegos de azar. Se refiere a las ruinas de Maranga, sin mencionar su nombre, como restos prehispánicos en el camino del Callao a Lima. También demuestra su conocimiento de algunas costumbres muy peruanas como la fiesta de Amancaes, el consumo de chicha (a la que llama “cerveza de maíz”) y el chacchado de la hoja de coca, así como el hecho de que, en los pueblos, la chicha artesanal se anuncia en las casas donde ha sido producida con una señal exterior que dice ser un asta (aunque, cuando menos ahora, es propiamente un trapo de color en la punta de un asta).

Un aspecto interesante de la novela de Verne es que pone el acento en los aspectos sociales: la división de clases y las identidades étnicas y culturales son puestas de relieve. Verne nos presenta un Perú compuesto por descendientes puros de españoles (a los que llama simplemente “españoles” por razones de cultura y raza, aun cuando ya se ha producido la Independencia), mestizos e indios. Curiosamente no habla de los negros que, sin embargo, constituían un estamento diferenciado y con una identidad cultural y una posición social propia.

Empero, esta historia sobre los indios peruanos, escrita en la Francia que ha vivido la Ilustración y que trata de un supuesto suceso en el Perú que se da durante los primeros años de la República, presenta –a mi juicio erróneamente– un Perú desarticulado por los odios entre los grupos raciales y sociales que es difícil aceptar. En muchos aspectos, la obra parece más bien la expresión de una izquierda política radical e indigenista. Sin embargo, a pesar de las revueltas que se produjeron en esas décadas, no parecería que el clima general del nacimiento de la

<sup>6</sup> Vid. Jorge Basadre, Historia de la República del Perú, Ediciones “Historia”. Lima, 1961, t. I, p. 263.

nueva Nación peruana fuera de odio amargo e irreductible. También, la referencia muy despectiva y rencorosa a los españoles que conquistaron y gobernaron el Perú durante tres siglos, me parece excesiva e infundada. No podemos olvidar que a pesar de los errores que pudieron haberse cometido durante ese período en perjuicio de los indios, esa participación de España en la vida peruana nos aportó desde la rueda y la escritura hasta el Derecho y la religión. Tampoco podemos olvidar que un gran número de princesas incas se casaron con conquistadores españoles, produciéndose así una fusión que no existió en otras colonizaciones. Y los mestizos –que el libro entrega a los odios tanto de los indios como de los descendientes puros de españoles, a cual peor– son precisamente el puente que une las dos culturas primitivas para formar lo que ahora conocemos como Perú.

Verne hace intervenir además a un elemento que es poco tratado en los libros sobre la Historia del Perú: el judío. Si bien durante el Virreynato pasaron al Perú muchos judíos sefarditas conversos, ya sea de origen español como portugués (entre ellos, el padre de los muy notables hermanos León Pinelo), no se habla de ellos en tanto que judíos, aunque fueran muy importantes. Y, por cierto, se encontraban estrechamente vigilados por la Inquisición debido a su pasado sefardita, la que intervenía de inmediato en caso de cualquier duda sobre la sinceridad de su cristianismo. La Independencia abolió las prohibiciones españolas de que judíos vivieran en territorio peruano, si no eran conversos. Sin embargo, tampoco he encontrado muchas referencias a judíos en tanto que tales durante el primer siglo de la República.

La relación entre las otras tres clases sociales –“españoles”, mestizos e indios– es bastante compleja.

Paradójicamente, el aristócrata Marqués de Vegal se siente mejor con el indio Martín Paz que con los mestizos que han perdido su entereza y su dignidad, han abandonado sus tradiciones para ya no ser nada y se han dedicado simplemente al comercio y a los negocios sin ninguna nobleza. El indio, piensa Vegal, sigue siendo auténtico como él mismo intenta serlo desde su propia perspectiva; en cambio, el mestizo ha perdido su identidad. Por ello, el aristócrata puede reconocerse a sí mismo dentro de la idea de una nobleza inca. Pero, la obra deja entender que esa nobleza –española o inca– está a punto de desaparecer en manos del amorfo mestizaje. Las revoluciones que se producen constantemente después de la Independencia, sostiene el mismo personaje, llevan a una inestabilidad y degradación de las costumbres tradicionales; y en este proceso, los indios y los “españoles” perderán por igual, en beneficio de

los mestizos. En esta forma, desde el punto de vista de la aristocracia española, hay más puntos de contacto entre españoles e indios porque ambos tienen una tradición que defender y cultivar; mientras que cuando intervienen los mestizos nada es seguro ni estable ya que éstos no creen en ningún valor tradicional. De esta forma, los aristócratas de ambos lados –españoles e indios– deben formar un mismo bando que luche por el mantenimiento de las tradiciones, mientras que los mestizos representan una modernidad emergente que pretende crear un mundo nuevo y evidentemente corrupto desde la anterior lógica de valores.

Pero las cosas son más complejas. Martín Paz no comparte este punto de vista porque sostiene que los indios conspirados ven como sus mayores enemigos a los “españoles” debido a que representan una cierta sucesión de quienes los conquistaron. Y la ley de la venganza se impone con fuerza decisiva.

Por el lado del Marqués, las cosas tampoco son simples. Éste aconseja al indio a no llevar a cabo un levantamiento que mate a todos los “españoles” o blancos porque levantar la bandera de la pureza de su tradición no será viable. Por eso le dice que, más bien, lo que debe hacer es propugnar la inmigración de gente trabajadora del Viejo Mundo que los ayude a salir adelante. Martín Paz le contesta que nunca su gente aceptará extranjero alguno y que reivindicarán su tierra para ellos mismos y no para otros.

Sin embargo, esta propuesta significa que, de alguna manera, el aristócrata finalmente está dispuesto a abandonar su convicción estamental y apuesta por la modernidad; sin perjuicio de rechazar esa modernidad mestiza, incoherente, carente de valores y poco organizada.

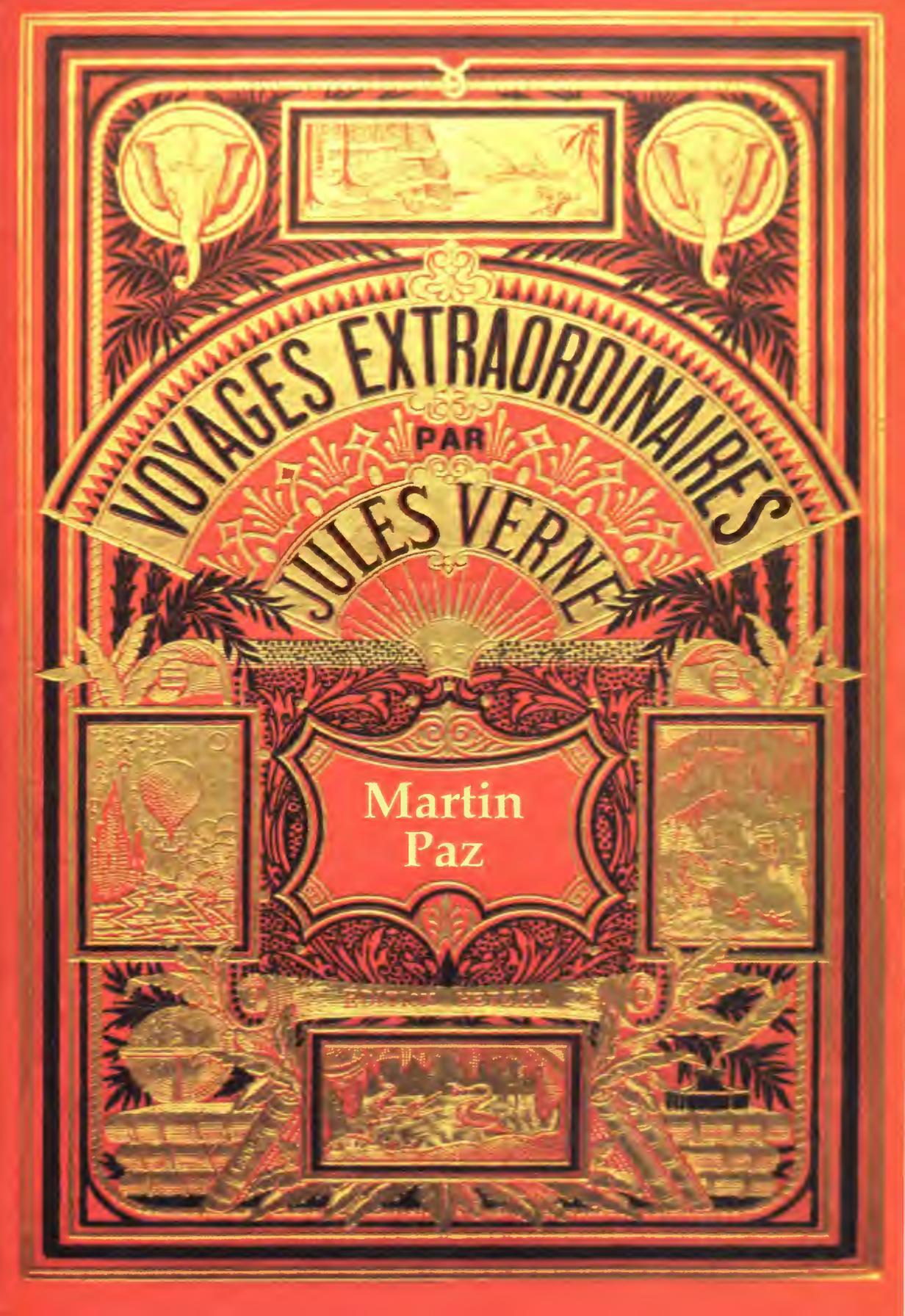
En el fondo, se advierte finalmente la posibilidad de una fusión entre indios y descendientes de españoles, que incluso tiende a formar lazos de sangre. Sin embargo, este esfuerzo de integración nacional se encuentra frustrado por extremistas que pretenden crear un Perú con criterios racistas, no ya del blanco respecto del indio sino del indio que enfrenta no sólo al blanco sino también a todo mestizaje.

Obviamente, Verne también incurre en errores específicos; pero no parecen ser tan relevantes con relación a la atmósfera general. Es así como nos dice que el pecho del indio protagonista es hirsuto, cuando en realidad los indios son lampiños; y los dibujantes presentan al indio Martín Paz con barba corta y bigotes puntiagudos, así como una enorme cabellera, que no son características propias de los indios y le dan más bien un aspecto español al indio Martín Paz. También Verne le coloca al cinto a este indio

peruano un puñal “azteca” como arma favorita. También, probablemente dada la cercanía de Lima a la línea ecuatorial y aun cuando habla de las nubes del cielo limeño, Verne consideró que el entorno de esta ciudad debía ser más tropical de lo que realmente es. Así, se refiere a manglares en las orillas del río Rímac, a cocoteros, pinos y cedros en las gargantas que se internan en los Andes e incluso el protagonista lucha contra un tiburón azul –una tintorera, precisa Verne– en la playa de Chorrillos. Por otra parte, el viaje final es geográficamente inverosímil: para llegar a la Selva amazónica desde Lima se requiere cruzar no uno sino dos ramales de la Cordillera de los Andes y toda la planicie altiplánica. Pero, además, en esa dirección no se llega nunca al río Madera sino, en todo caso, al río Ucayali o al Madre de Dios. En realidad, el río Madera (o Madeira, en portugués) no se encuentra en el Perú sino en Brasil y está formado por la confluencia de tres ríos, dos que nacen en Bolivia, el Beni y el Mamoré, y otro que nace en el Perú, el Madre de Dios. Es probable que Verne se refiriera con ese nombre al río Madre de Dios.

En resumen, la novela de Verne, ambientada en los inicios de una República turbulenta, presenta una problemática que hace que hoy en día todavía sea interesante leerla. Obviamente, contiene errores de geografía y de historia. Pero ello no es lo importante: no es un libro de historia ni de geografía. Es una novela, es decir, una ficción; pero que, como toda ficción «seria», nos presenta una verdad de ambiente que quizá no podría ser alcanzada con el sólo rigor de la investigación científico-histórica. La ficción literaria puede llevarnos simplemente a errores monstruosos; pero también puede abrirnos los ojos hacia realidades que normalmente se escapan de nuestra vista.

Fernando de Trazegnies Granda



VOYAGES EXTRAORDINAIRES  
PAR  
JULES VERNE

Martin  
Paz



*Jules Verne*

La traducción ha sido efectuada a partir de la edición de esta obra publicada por Hetzel et Cie. en 1885. Los dibujos de J. Férat y los grabados de Charles Barbant pertenecen también a esa edición, así como la segunda carátula ligeramente modificada.

"Martín Paz" fue publicado originalmente en 1852, cuando Julio Verne tenía 24 años.

## ÍNDICE

(los títulos de los capítulos han sido agregados)

<b>CAPÍTULO I:</b>	Plaza Mayor	7
<b>CAPÍTULO II:</b>	Sara	15
<b>CAPÍTULO III:</b>	Don Samuel	23
<b>CAPÍTULO IV:</b>	El Marqués de Vegal	31
<b>CAPÍTULO V:</b>	Revolución india	43
<b>CAPÍTULO VI:</b>	El secreto	51
<b>CAPÍTULO VII:</b>	Boda frustrada	59
<b>CAPÍTULO VIII:</b>	¡A las montañas!	62
<b>CAPÍTULO IX:</b>	La fiesta de Amancaes	67
<b>CAPÍTULO X:</b>	El río Madeira	73

## CAPÍTULO I

### PLAZA MAYOR

El sol acababa de ocultarse tras los picos nevados de las cordilleras<sup>1</sup>; pero, bajo el bello cielo peruano, a través del transparente velo de las nubes, la atmósfera se impregnaba de un luminoso frescor.

Era la hora en que se podía vivir a la europea, y buscar más allá de las terrazas de las casas un saludable aire fresco. Cuando las primeras estrellas se mostraban en el horizonte, muchos paseantes recorrían las calles de Lima, envueltos en ligeros abrigos y conversando muy seriamente de los asuntos más banales.

Había, pues, gran movimiento en la Plaza Mayor, ese foro de la antigua Ciudad de los Reyes. Los artesanos disfrutaban de la frescura de la tarde descansando de sus trabajos diarios y circulaban entre la muchedumbre, pregonando a grandes voces la excelencia de sus mercancías. Las mujeres se paseaban con unas tocas que ocultaban su rostro y daban vueltas alrededor de los grupos de fumadores. Algunas señoronas en traje de color marrón y con su abundante cabello recogido con flores naturales, se paseaban altivamente en sus calesas. Los indios pasaban sin levantar los ojos del suelo, no creyéndose dignos de ser vistos, pero conteniendo en silencio la envidia que los consumía. Los mestizos, relegados como los indios a las últimas capas sociales, exteriorizaban su descontento más ruidosamente.

En cuanto a los españoles, orgullosos descendientes de Pizarro, llevaban la cabeza erguida, como en el tiempo en que sus antepasados fundaron la Ciudad de los Reyes, envolviendo en su desprecio tradicional a los indios, a quienes habían vencido, y a los mestizos nacidos de sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo. Los indios, como todas las clases sociales reducidas a la servidumbre, sólo soñaban en romper

<sup>1</sup>Adviértase el error geográfico. En Lima, el Oeste, por donde se oculta el sol cada noche, está del lado del mar, justamente opuesto a las cordilleras. (N. de F. de T.).

sus cadenas, confundiendo en su profunda aversión a los que vencieron al antiguo Imperio de los incas y a los mestizos, especie de burguesía orgullosa e insolente.

Los mestizos, que eran españoles por el desprecio con que miraban a los indios, e indios por el odio que profesaban contra los españoles, se consumían entre estos dos sentimientos igualmente vivos.

Cerca de la hermosa fuente levantada en medio de la plaza Mayor, había un grupo de jóvenes mestizos que, envueltos en sus ponchos, que son como mantas de algodón de cuadros, larga y perforada con una abertura que da paso a la cabeza. Estaban vestidos con anchos pantalones rayados de mil colores, y cubiertos con sombreros de anchas alas hechos de paja de Guayaquil. Ahí dentro del grupo, hablaban, gritaban y gesticulaban.

– Tienes razón, Andrés – decía un hombrecillo muy obsequioso, llamado Milaflores.

Este Milaflores era una especie de parásito que padecía Andrés Certa, joven mestizo, hijo de un rico mercader que había caído muerto en uno de los últimos motines promovidos por el conspirador Lafuente. Andrés Certa había heredado un gran caudal, que derrochaba en obsequio de sus amigos, de quienes, a cambio de sus puñados de oro, sólo exigía una humilde condescendencia.

– Los cambios de poder, los pronunciamientos eternos, ¿para qué sirven? –preguntó Andrés en alta voz–. Si aquí no reina la igualdad, poco importa que gobierne Gamarra o Santa Cruz.

– ¡Bien dicho, bien dicho! – exclamó el pequeño Milaflores, quien con gobierno igualitario o sin él jamás habría podido ser igual a un hombre de talento.

– ¡Cómo –añadió Andrés Certa–. yo, hijo de un negociante, no puedo tener sino una calesa tirada por mulas! ¿No han traído mis buques la riqueza y la prosperidad a este país? ¿Es que la aristocracia del dinero no vale tanto como la de la sangre que ostenta sus vanos títulos españoles?

– ¡Es una vergüenza! –respondió un joven mestizo–. Vean ustedes, ahí pasa don Fernando en su carruaje tirado por dos caballos. ¡Don Fernando de Aguillo! Apenas tiene con qué mantener a su cochero y se pavonea orgullosamente por la plaza. Bueno; ¡ahí viene otro, el marqués de Vegal!

Una magnífica carroza desembocaba en aquel momento en la Plaza Mayor: era la del marqués de Vegal, caballero de Alcántara, de Malta y de Carlos III. Pero este gran señor no venía por ostentación sino por aburrimiento. Tristes pensamientos se concentraban en su frente penosamente curvada, y ni siquiera escuchaba las envidiosas reflexiones de los mestizos, cuando sus cuatro caballos se abrieron paso a través de la multitud.

– ¡Odio a ese hombre! – dijo Andrés Certa.

– ¡No será por mucho tiempo! – respondió uno de los jóvenes.

– No, porque a todos esos nobles va a concluirseles pronto el lujo, y hasta puedo decir a dónde van a ir a parar toda su platería y las joyas de la familia.

– Efectivamente, tú debes saber algo, porque frecuentas la casa del judío Samuel.

– Y ahí, en los libros de cuentas del viejo judío están anotadas las deudas aristocráticas. ¡Y en su caja-fuerte se amontonan los restos de esas grandes riquezas! Cuando todos los españoles sean unos mendigos como su César de Bazán, a nosotros nos tocará un buen juego.

– A tí, sobre todo, Andrés, cuando te encarames sobre tus millones –respondió Milaflores–. Y vas a doblar tu fortuna... A propósito, ¿cuándo te casas con la hermosa hija del viejo Samuel, que es limeña hasta la punta de las uñas y que no tiene de judía más que su nombre de Sara?

– Dentro de un mes –respondió Andrés Certa–, y entonces no habrá fortuna en el Perú que pueda competir con la mía.

– Pero –preguntó uno de los jóvenes mestizos–, ¿por qué no has elegido por esposa a una española de alto rango?

– Porque desprecio esa clase de gente y la odio.

Andrés Certa no quería confesar que había sido penosamente desdeñado por varias familias nobles en las que había tratado de introducirse.

En aquel momento recibió un fuerte empujón de un hombre de elevada estatura y algo canoso, cuya corpulencia hacía suponer que tenía gran fuerza debajo de la cual se veía una camisa de gruesa tela y cuello alto que no ocultaba por completo su pecho velludo; su calzón corto, rayado de listas verdes, se unía por medio de ligas rojas a unas medias de color de tierra; calzaba sandalias de piel de res y usaba un sombrero puntiagudo, bajo el cual brillaban grandes pendientes de oreja.



¡Miserable indio! – exclamó el mestizo, alzando el brazo en actitud amenazadora.

Después de haber tropezado con Andrés Certa, lo miró fijamente.

– ¡Miserable indio! – exclamó el mestizo, alzando el brazo en actitud amenazadora.

Sus compañeros lo detuvieron y Milaflores gritó:

– ¡Andrés, Andrés, ten cuidado!

– ¡Atreverse a empujarme un vil esclavo!

– ¡Es un loco, es el Zambo!<sup>2</sup>

El Zambo continuó mirando fijamente al mestizo, a quien había empujado intencionadamente; pero éste, que no podía contener su cólera, sacó un puñal que llevaba en el cinturón, e iba a precipitarse sobre su agresor, cuando resonó en medio del tumulto un grito gutural y el Zambo desapareció.

– Brutal y cobarde – murmuró Andrés Certa.

– Contén tu rabia – aconsejó Milaflores – y salgamos de la plaza. Las limeñas son muy altivas aquí.

Luego, el grupo de jóvenes se dirigió al fondo de la plaza.

La noche había llegado y las limeñas merecían realmente su nombre de «tapadas», porque no se les podía ver el rostro bajo el manto que lo cubría casi totalmente. Ellas continuaban paseando por la Plaza Mayor, que estaba todavía muy animada.

Los gritos y el tumulto aumentaban. Los guardias a caballo, apostados delante del pórtico central del Palacio del Virrey<sup>3</sup>, situado al norte de la plaza, tenían dificultad de permanecer inmóviles en medio de aquella multitud alborotada. Parecía que los artesanos más diversos se habían dado cita en aquella plaza, convertida en inmenso bazar de objetos de toda especie. El piso bajo del Palacio del Virrey y el pórtico de la Catedral, ocupados por un sinnúmero de tiendas, hacían de aquel conjunto un mercado inmenso, abierto a todos los productos tropicales.

<sup>2</sup> Zambo es un apelativo racial que significa mezcla de indio con negro (más próximo al negro que al indio). Puede parecer curioso que el conductor de una revuelta indígena sea cuando menos tan negro como indio. Sin embargo, debemos recordar que la revuelta popular ocurrida en el Perú el 23 de Abril de 1829 que Verne parece haber tenido muy en cuenta para desarrollar la novela, fue capitaneada por un negro. (N. de F. de T.).

<sup>3</sup> Indudablemente, se está utilizando la denominación de Palacio del Virrey como un arcaísmo puesto que el Perú era ya una república independiente. (N. de F. de T.).



El joven indio, con los brazos cruzados, esperaba...

La plaza estaba, pues, alborotada; pero cuando se escuchó el toque del Angelus en la campana de la Catedral, el ruido desapareció de inmediato. A los grandes clamores de la diversión siguió el murmullo de la oración. Las mujeres dejaron de pasear y tomaron en sus manos el rosario.

Y, mientras todos los transeúntes acortaban el paso o se detenían, inclinando la cabeza para orar, una vieja dueña<sup>4</sup> que acompañaba a una joven pugnaba por abrirse paso entre la multitud, provocando insultantes protestas contra estas dos personas que perturbaban la oración.

La joven quiso detenerse, pero la dueña la obligó a proseguir aún más vivamente.

– ¡Miren a esta hija de Satán!, dijo alguien cerca a ella.

– ¿Quién es esa condenada bailarina?

– Es otra vez una de esas mujeres de carcamán<sup>5</sup>.

La joven se detuvo confusa.

Un arriero de pronto le puso la mano en el hombro para obligarla a arrodillarse. Apenas había puesto la mano sobre ella cuando un brazo vigoroso lo echó a rodar por tierra. A esta escena, rápida como un relámpago, siguió un momento de confusión.

– Huya usted, señorita – le dijo al oído una voz suave y respetuosa a la joven.

Ella, pálida de terror, volteó y vio un joven indio, de elevada estatura, que, con los brazos cruzados, esperaba a pie firme a su adversario.

– Por mi alma, estamos perdidas – exclamó la dueña, arrastrando consigo a la joven.

El arriero, maltrecho a consecuencia de la caída, se levantó; pero no creyendo prudente intentar la revancha contra un adversario tan vigoroso y resuelto como parecía ser el joven indio, se dirigió a donde estaban sus mulas y se fue murmurando inútiles amenazas.

La joven se detuvo confusa.

<sup>4</sup> El término “dueña” se utilizaba para nombrar a la chaperona o dama de compañía (N. de F. de T.).

<sup>5</sup> Nombre injurioso que los peruanos dan a los europeos (Nota de Julio Verne)

## CAPÍTULO II

### SARA

La ciudad de Lima está situada en el valle del Rímac, a nueve leguas de su desembocadura. Las primeras ondulaciones del terreno, que forman parte de la gran Cordillera de los Andes, comienzan al Norte y al Este. El valle de Lurigancho formado por las montañas de San Cristóbal y de los Amancaes<sup>6</sup> que se levantan detrás de Lima donde terminan los barrios de Lima. La ciudad, se extiende por sólo uno de los lados del río. En la orilla opuesta está el barrio de San Lázaro que se comunica con la ciudad por un puente de cinco arcos, cuyos pilares anteriores oponen a la corriente su arista triangular. El lado que queda frente a la bajada del río ofrece bancos a los paseantes, donde los elegantes vienen a relajarse en las tardes de verano, para contemplar desde allí una hermosa cascada.

La ciudad tiene dos millas de longitud de Este a Oeste, y solamente una milla y cuarto de ancho, desde el puente hasta las murallas. Éstas, de doce pies de altura y diez de espesor en su base, están construidas con ladrillos secados al sol, formados de tierra arcillosa, mezclada con paja machacada, capaces de resistir los temblores de tierra, bastante frecuentes en aquel país. El recinto tiene siete puertas y tres postigos y termina en el extremo sudeste por la pequeña ciudadela de Santa Catalina.

Tal es la antigua Ciudad de los Reyes, que el conquistador Pizarro fundó el día de la Epifanía del Señor de 1534<sup>7</sup>. Desde entonces ha sido y continúa siendo teatro de revoluciones, siempre renacientes. Lima fue en otro tiempo el principal depósito del comercio de América en el Océano Pacífico, gracias a su puerto del Callao, construido en 1779 de un modo singular. Se hizo encallar en la playa un viejo navío de gran tamaño lleno

<sup>6</sup> Nuevamente, un error geográfico: Verne confunde el valle de Lima con el de Lurigancho que queda algo más al Norte, donde comienza el camino por la Cordillera hacia Canta. (N. de F. de T.).

<sup>7</sup> Un error histórico porque Pizarro fundó Lima no el día de la Epifanía sino el 15 de Enero; y tampoco fue en el año de 1534 sino en 1535. (N. de F. de T.).

de piedras, de arena y de restos de toda especie, y en torno de aquel casco se clavaron en la arena estacadas de manglares enviadas de Guayaquil e inalterables al agua, formándose así una base indestructible, sobre la que se levantó el muelle del Callao.

El clima, más templado y suave que el de Cartagena o Bahía, situadas en la costa opuesta de América, hace de Lima una de las ciudades más agradables del Nuevo Mundo. El viento tiene allí dos direcciones que no varían: o sopla del Sudoeste y se refresca al atravesar el Océano Pacífico, o viene del Sudeste, impregnado de la frescura que ha recogido en los helados picachos de las cordilleras.

En las latitudes tropicales son puras y hermosas las noches, durante las cuales desciende el benéfico rocío que fecunda el suelo, expuesto a los rayos de un cielo sin nubes. Así, cuando el sol desaparece tras el horizonte, los habitantes de Lima prolongan sus reuniones en las casas, refrescadas por la oscuridad; pronto las calles quedan desiertas, y apenas si alguna fonda queda todavía hechizada por los bebedores de pisco<sup>7</sup> o de cerveza.

Esa noche, la joven, seguida de la dueña, llega sin más problemas al puente del Rímac, prestando atención al menor ruido que su emoción desnaturalizaba; pero sólo escuchaba las campanillas de una recua de mulas o el silbido de un indio.

Esta joven, llamada Sara, regresaba a la casa de su padre, el judío Samuel. Vestía falda de color oscuro con pliegues algo elásticos y muy estrecha por abajo, lo que la obligaba a dar pasos muy menudos con esa gracia delicada, particular de las limeñas. Esa falda, adornada con encajes y flores, iba en parte cubierta por un manto de seda que subía hasta la cabeza, cubriéndola como un capuchón. Las medias que usaba eran muy finas y zapatitos de raso aparecía por debajo del gracioso vestido; rodeaban los brazos de la joven brazaletes de gran valor, y toda su persona tenía ese encanto que en español se le llama «donaire».

Milaflores tenía razón. La novia de Andrés Certa no debía tener de judía más que el nombre, porque era el tipo exacto de esas admirables señoras<sup>8</sup> cuya hermosura está por encima de toda alabanza.

<sup>7</sup> Verne no habla de pisco sino de *cau-de-vie* que debería traducirse propiamente como aguardiente. Pero el aguardiente peruano es el pisco. (N. de F. de T.).

<sup>8</sup> El término “señora” no es empleado en el sentido de “mujer casada” sino, más bien refleja una categoría social importante aunque la mujer sea soltera e incluso joven. Incluso Verne lo usa en castellano (N. de F. de T.).

La dueña<sup>10</sup>, vieja judía en cuyo rostro se reflejaban la avaricia y la codicia, era una fiel sirvienta de Samuel, quien le pagaba sus servicios en su justo valor.

Al llegar las dos mujeres al barrio de San Lázaro, un hombre con hábito de fraile, con la cabeza cubierta con un impermeable, pasó al lado de ellas, mirándolas con atención. Aquel hombre, de gran estatura, tenía uno de esos semblantes apacibles que respiran calma y bondad. Era el padre Joaquín de Camarones quien al pasar, dirigió una sonrisa de inteligencia a Sara, que miró a su sirvienta, después de hacer al fraile una cariñosa señal con la mano.

– ¿Y bien, señora? –dijo agriamente la vieja– ¡Parece que no le es suficiente haber sido insultada por los hijos de Cristo! ¿No faltaba nada más que el hecho de que ahora salude usted a un clérigo? ¿La veremos algún día, con el rosario en la mano, practicar las ceremonias de la Iglesia Católica?

Las ceremonias de la Iglesia eran la ocupación principal de las limeñas.

– Hace suposiciones extrañas – respondió la joven, ruborizándose.

– ¡Extrañas como la conducta de usted! ¿Qué diría mi amo Samuel si se enterara de lo que ha ocurrido esta noche?

– ¿Soy, acaso, culpable de que un arriero brutal me haya insultado?

– Yo me entiendo, señora –dijo la vieja, moviendo la cabeza–, y no hablo del arriero.

– Entonces, ¿aquel joven hizo mal al defenderme contra las injurias del populacho?

–¿Es la primera vez que ese indio se encuentra en su camino?, preguntó la dueña.

Afortunadamente, la joven tenía el rostro cubierto con su manta porque, de otro modo, la oscuridad no habría sido suficiente para ocultar la turbación de su semblante frente a la mirada inquisidora de la vieja.

<sup>10</sup> Dueña era llamada la mujer de compañía de las jóvenes solteras.



¿Es la primera vez que ese indio se encuentra en su camino?



**OFERTA**  
**S/. 32**  
**LIBRO IMPRESO**



**ENTREGA A DOMICILIO  
O LUGARES CÉNTRICOS**

**PEDIDOS:**

**993 258 125**

**944 787 051**

**info@acuedi.org**